

Los retos que presenta el estudio de la educación a las ciencias sociales (desde una perspectiva antropológica)

Laura MARTÍNEZ ALAMILLO
 Universidad Complutense de Madrid
 laura.alamillo@gmail.com

JOCILES, María Isabel; FRANZÉ, Adela (Eds.). 2008 *¿Es la escuela el problema? Perspectivas socio-antropológicas de etnografía y educación*. Madrid: Trotta.

Hace tiempo que la Antropología y otras ciencias sociales se han internado en el terreno de la educación. En los “países desarrollados” se ha estudiado como proceso que acontece principalmente en centros institucionalizados –en la escuela–. Aunque el número de estudios realizados en España es cada vez mayor, existe una carencia de manuales introductorios para la materia realizados en nuestro idioma. Desde que Velasco Maillo, García Castaño y Díaz de Rada editaron “Lecturas de Antropología para Educadores” no se había ido más allá.

Afortunadamente, Adela Franzé y María Isabel Jociles decidieron tomar el relevo, con la particularidad de que, para evitar ser redundantes, optaron por enfocar su libro hacia el mundo latinoamericano. Así tomó forma la obra *¿Es la Escuela el Problema? Perspectivas socioantropológicas de etnografía y educación* a partir de artículos tanto de sociólogos como de antropólogos de Argentina, España, Francia, México y Portugal, a través de los cuales se abre nuestra mente a las complejidades metodológicas, teóricas y de la práctica con las que se topan aquellas personas que se dedican al estudio de este campo.

En esta reseña se expondrá primero la estructura de la obra y a continuación se desarrollarán las problemáticas que se nos presentan, y otras investigaciones que la lectura invita a plantear.

Artículos e ideas fundamentales.

“¿Es la Escuela el Problema?” consta de tres secciones. Las editoras se encargan de la introducción al libro y a cada una de las partes. Así se consigue la unidad del conjunto, pues destacan las cuestiones que aparecen sistemáticamente –aunque con distintos tratamientos–, a la vez que se establecen separaciones en función del principal foco de atención de cada artículo.

En el primer apartado, están aquellas reflexiones acerca del método de estudio: cuáles son los instrumentos teórico-metodológicos más adecuados, cuáles los que evitarán que la investigación simplifique el objeto de estudio para que, de hecho, pueda reinstaurar su complejidad. También se presentan aquellas cuestiones que el investigador de la educación deberá tener en mente para mantener su distancia epistemológica, para no ceder a la tentación de dejarse arrastrar por la lógica simplificadora de la escuela, con la que, por su propia formación, está familiarizado.

En la segunda sección, se concentran los textos que trabajan los límites con los que se enfrentan los paradigmas desarrollados hasta el momento. Sólo tomando conciencia de los riesgos que sus supuestos entrañan, es posible seguir avanzando en el desarrollo de nuevos paradigmas, nuevos modos de enfocar la investigación que contribuyan a poner de manifiesto cada vez más dimensiones de las complejidades que entraña la educación, que hagan más comprensible los distintos factores que se interrelacionan, que están imbricados en su organización y desarrollo.

En el tercer apartado, se nos presentan investigaciones desarrolladas y cuestiones que se podrían desarrollar en este campo. Así, se tiene la posibilidad de poner en relación las cuestiones planteadas en las secciones anteriores con casos investigados. También surgen cuestiones que incitan a continuar con la labor, pues espolean las inquietudes del lector, que se plantea nuevas preguntas a partir de las respuestas dadas en los textos a las preguntas de las que se partía.

En la primera parte, Ángel Díaz de Rada presenta “Qué obstáculos encuentra la etnografía cuando se practica en las instituciones escolares”, donde se nos invita a no subestimar la dimensión burocrática de la escuela, su manera de lidiar con los escolares, abstrayendo diferencias, suponiendo sujetos universales. El etnógrafo, pese a estar familiarizado con su lógica por ser producto de ella, debe permanecer fiel a su método, personalizando, recuperando la dimensión social, las historias concretas que se entrelazan en el proceso educativo. También debe adoptar una actitud crítica frente a la manera en la que la cultura es tratada, como algo que se puede reducir a discurso y que se puede transmitir como tal, ignorando su dimensión práctica, que está ligada a acciones, a relaciones locales.

A continuación, Bernard Lahire, en “Un sociólogo en el aula: objetos en juego y modalidades”, se plantea, para estudiar el asunto del fracaso escolar, la cuestión del método, el dilema acerca de cómo recoger datos para la investigación. Advierte contra el abuso de o la confianza ciega en la entrevista, pues los que están inmersos en la práctica educativa, si bien tienen el saber inmanente a la realización de sus prácticas, no tienen el saber para decir sus prácticas. De ahí la necesidad de observarlas.

Tras este artículo, el de Adela Franzé Mudanó, “Discurso experto, educación intercultural y patrimonialización de la ‘cultura de origen’”, ofrece una profunda reflexión acerca de cómo se ha tratado de abordar la educación desde una perspectiva intercultural: distintos modelos y programas, las diferentes implicaciones del reconocimiento de la diversidad cultural, las múltiples caras que puede adoptar la “unicidad”, y finalmente expone los riesgos que conlleva adoptar desde la escuela una visión patrimonializada de la “cultura de origen” de los estudiantes, pues tal visión puede conllevar ciertas prácticas petrificantes, recordándonos, como lo hacía Díaz de Rada, que la cultura no es lo que está secuestrado en las palabras, que la cultura sólo existe en la medida en la que las prácticas de los sujetos las mantienen vivas.

Elsie Rockwell, con “Del campo al texto: dilemas del trabajo etnográfico”, guía al lector por las complejidades de la etnografía: cómo las temáticas de estudio evolucionan a la vez que las relaciones con las personas de la localidad, al acercarse nuestros intereses a los suyos; cómo enfrentarse a los problemas que surgen de las asimetrías entre el investigador y quienes pretende estudiar; cómo analizar los regis-

tros; cómo elaborar el texto en el que se presentarán los resultados de la investigación. Ante todo nos anima a mantener el rigor científico y mantener la vigilancia epistemológica. Pero también plantea cuestiones éticas y políticas, dilemas que se presentan a cualquiera que entienda la responsabilidad que conlleva hacer ciencia a partir de lo que se aprende observando vidas particulares.

La segunda parte la componen cinco textos. La abre el de María Isabel Jociles, “Panorámica de la antropología de la educación en España: estado de la cuestión y recursos bibliográficos”. Exhaustivo repaso al material producido en este área, se plantea la cuestión de por qué, pese a proponerse como un campo de estudio los procesos de transmisión/adquisición de cultura, parece haber una cierta tendencia a concentrarse en el estudio de las minorías etno-nacionales.

F. Javier García Castaño y Rafael A. Pulido, en un artículo elaborado expresamente para esta publicación, exponen en “El desarrollo de la historia de la educación en España: razones que explican la casi monográfica mirada a las llamadas minorías étnicas”, cómo la antropología de la educación se ha visto afectada con las relaciones histórico-académicas entre la antropología social, la pedagogía y la filosofía. Hablan también de cómo ha influido en ella la antropología de la educación, desarrollada fuera de las fronteras españolas, y lo que la antropología puede plantear como retos para la escuela al sistema educativo mediante lo que saca a la luz a partir del trabajo etnográfico.

Silvia Carrasco Pons escribe sobre “Inmigración, minorías y educación: ensayar algunas respuestas y mejorar algunas preguntas a partir del modelo de Ogbu y su desarrollo”. Propone seguir el camino abierto por éste para la investigación etnográfica de la antropología de la educación, y adentrarse en el contexto más amplio de las comunidades, fuera de los centros educativos. Insiste en la necesidad de plasmar la multiplicidad de factores coyunturales, estructurales y contextuales que se entrecruzan en el proceso de aprendizaje.

Lahire, en “Infancia y adolescencia: de los tiempos de socialización sometidos a constricciones múltiples”, expone una concepción de la socialización entendida como un proceso continuo, desafiando el viejo tópico de que lo aprendido en la más tierna infancia es algo que nunca se supera, y plantea en su lugar el concepto de re-socialización. Es por ello por lo que la hiperespecialización puede constituir un obstáculo para la investigación del sociólogo, porque puede conducirle a ignorar los múltiples universos sociales en los que se desarrolla toda vida y, en el caso de los niños y jóvenes, puede ignorar que tienen que encontrar su lugar simbólico entre los padres y la escuela, entre la escuela y el grupo de pares...

Finalmente, en “El declive y las mutaciones de la institución”, nos ofrece Dubet un análisis de la evolución de la escuela como lugar en el que se trabaja sobre el otro. Es un lugar con capacidad para inscribir un orden simbólico y una cultura en la subjetividad de los escolares. Pero es un lugar cuyos muros han dejado de aislar de lo que sucede fuera, en el que cambia incluso la posición del profesor, que ya no recibe la autoridad de la institución, sino que depende de su carisma para legitimar su tarea.

En la tercera parte, nos encontramos con los artículos: “El ‘respeto a la diversidad’ en la escuela: atolladeros del relativismo cultural como principio cultural” (Graciela Batallán y Silvana Campanini); “A la sombra del origen: lengua, cultura e

identidad en los fundamentos de la ELCO” (Franzé); “Huellas del pasado en las culturas escolares” (Rockwell); “Reflexividad y elección de la escuela por los padres de la clase media en Francia” (Van Zanten); “Aprendiendo con los gitanos’: procesos de eco-formación” (Montenegro); “Valer y valor. Una exhumación de la teoría del valor para reflexionar sobre la desigualdad y la diferencia en relación con la escuela” (Díaz de Rada); y con “Representaciones y modelos de formación en el profesorado de Servicios Socioculturales y a la Comunidad” (Jociles).

Se trata de una serie de textos que nos llevan desde un análisis sobre el uso del “respeto a la diversidad” en el sistema argentino, hasta las formas de oposición que los profesores pueden oponer a las leyes o normas que regulan su tarea en un área de la formación profesional. Todo ello pasando por una amplia variedad de temas: un ejercicio de arqueología que busca desenterrar distintas formulaciones del concepto de valor, para poner en perspectiva el que se plantea desde el sistema educativo –que pretende que los valores se pueden transmitir discursivamente, e ignora la importancia de las prácticas para comunicarlos–; un cuestionamiento de los problemas que entraña en la práctica una ley que había sido pensada para fomentar la integración en el país de acogida de los hijos de familias de origen extranjero; un estudio de la distancia entre los cambios normativos y la práctica de la labor docente en una región de México marcada por una fuerte presencia nahua; otra disquisición acerca de las semejanzas y diferencias entre la reflexividad de los padres de clase media y alta en Francia a la hora de elegir colegio para sus hijos, y la de los científicos sociales; y un artículo sobre una investigación acerca de los cambios que experimenta la comprensión de los profesores de la cultura de sus alumnos gitanos, al tratar con ellos en proyectos de educación no-formal e informal, y cómo a través de esta investigación se reconoce ese saber adquirido.

Continuar avanzando

Como enanos recién elevados sobre hombros de gigantes, es fundamental continuar interrogándonos sobre aquellas cuestiones que afectan a la antropología de la educación.

Empezando con los artículos dedicados al método, se observa una definitiva defensa de la etnografía, entre otros motivos, porque se trata de un procedimiento opuesto a la lógica escolar en la medida en que consigue restituir las historias personales, la singularidad de quienes componen la comunidad educativa, frente a la lógica burocrática que universaliza, que reduce a los estudiantes –y a los que no lo son– a sujetos abstractos.

La observación constante se nos ofrece como la manera más fiable de conseguir datos no mediados por la reflexividad de los informantes. Pero nos presenta el reto de lograr el acceso y de mantenerlo, de modo que nos podamos convertir en una figura familiar, casi ignorable. Esto nos lleva a una cuestión compleja, la de cómo acercar a los científicos sociales a la comunidad educativa. Este acercamiento nunca puede ser total, pues tiene que haber cierta distancia, la que impone la asimetría entre el estudioso y el estudiado.

La relación con la comunidad educativa es fundamental, puesto que es ella la que tiene que permitirnos acceder a su mundo, y es a ella –además de a otros científi-

cos sociales—, a quien debemos dirigirnos con nuestros descubrimientos y reflexiones para que nuestros estudios puedan dar lugar a establecer una cierta reflexión social.

Por otro lado, esta cuestión de la relación con la comunidad educativa entra dentro de las cuestiones éticas y políticas, a las que nunca se podrá dar una respuesta definitiva. ¿Deberían los científicos sociales ganar su acceso defendiendo su utilidad? Personalmente considero que debe prevalecer el enfoque que considera que la producción de conocimiento es justificación suficiente. Eso no significa que este tipo de investigaciones no puedan ofrecer contraprestaciones al sistema estudiado. De hecho, pueden contribuir a que la escuela sea lo que se espera idealmente que sea —un lugar desde el que fomentar el cambio social, la igualdad, la equidad...—, poniendo de manifiesto los obstáculos con los que se topa. De hecho, en el artículo de Van Zanten encontramos discursos indicativos de que existe una verdadera preocupación por la capacidad de la escuela para garantizar una cierta justicia social, incluso para los que procuran asegurarse de estar en cualquier caso del lado de los favorecidos. Es un texto, por cierto, indicativo de la diversidad de estímulos que ofrece, *¿Es la Escuela el Problema?*, pues está más basado en entrevistas que en etnografía.

La investigación antropológica también puede funcionar como vehículo de comunicación entre las partes interesadas, gracias precisamente a su independencia e interés por el conocimiento desinteresado. El científico social puede ofrecerse como interlocutor de los actores sociales más indefensos frente a las herramientas de poder de la escuela —y la sociedad y el Estado que ésta representa—.

Entre los artículos que tratan sobre los límites de los paradigmas, se echa de menos una profundización en la cuestión de la niñez. ¿Qué concepto de niñez justifica la educación tal y como está organizada? La educación formal se fundamenta en la idea de que hay que transmitir a los niños una serie de conocimientos que les permitan comportarse como adultos cuando lo sean, que les haga compartir la manera de entender el mundo de sus mayores. Pero es ésta una visión reduccionista que tiende a llevar a los profesores —y a algunos científicos sociales— a centrar su atención en la relación entre adultos y niños, restando importancia a las prácticas que los niños desarrollan con independencia de los adultos. En cualquier caso, si bien no hay un texto específico que exponga la formación de esta idea de que la niñez es una etapa fundamental e irrepetible —o irrecuperable— en el proceso de socialización, sí que existen críticas a la misma, por ejemplo los artículos de Franzé —primera parte— y Lahire —segunda sección—, en los que se defiende la dimensión de agente del niño y la posibilidad de que haya re-socialización en distintas etapas de la vida.

Estas reflexiones, a su vez, abren la puerta a plantearse estudios de caso que quedan pendientes, como estudios sobre la educación de adultos, para profundizar en esta idea de que la socialización es un proceso continuo; y también porque nos encontramos en un momento en el que el aprendizaje a lo largo de toda la vida se presenta como una prioridad política en el campo de la educación. Así, ésta deja de ser un área que se limita a los niños, lo cual puede incluso contribuir a subvertir las relaciones de poder basadas en la edad —ahora muchos jóvenes tienen que “poner al día” a sus mayores—, por no mencionar la educación de los inmigrantes adultos para que puedan “adaptarse” a las sociedades de acogida. En cualquier caso, podemos hacernos una idea de las complejidades que puede suponer tales estudios gracias al

artículo de Jociles sobre formación profesional, en el que se nos acerca a alumnos que, además de estudiar, trabajan —o al menos tienen prácticas—. Se plasman ahí las impresiones de los alumnos que confrontan la teoría que se les enseña con las costumbres predominantes en el mercado laboral.

Finalmente, me remito a la necesidad de profundizar en nuestro conocimiento de la educación no-formal que este libro plantea. No es conveniente limitarnos al ámbito de la escuela, pues eso supondría conceder a la educación, que allí se imparte a los niños, más peso del que quizás tenga. El estudio de la educación no-formal, sin duda, conllevará nuevas preguntas metodológicas, el desarrollo de nuevos paradigmas y el propio replanteamiento de nuestra comprensión de la educación.

Espero haber sido capaz de transmitir la calidad de “¿Es la Escuela el Problema?”, una obra que sin duda ofrece una panorámica actual de las cuestiones a las que se enfrenta el estudio social y particularmente el estudio antropológico de la educación.

Referencias bibliográficas

VELASCO MAILLO, Honorio; GARCÍA CASTAÑO, Javier; DÍAZ DE RADA, Angel (Eds.)

2005 [1993] *Lecturas de antropología para educadores: el ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar*. Madrid : Trotta.